

En el presente hay tres cosas: una Antigüedad grecorromana (physis) de concepción objetiva, orientación inmanente y tendencia arquitectónica: un Cristianismo (psyche) de concepción subjetiva, orientación trascendente y tendencia musical. Y la tercera, la de ser un modesto e ignorante aprendiz autodidacta, un minúsculo Yo.

Un poco más adelante afirma:

Dos montañas hay en que domina la luz, la montaña de los animales y la montaña de los dioses. En medio se encuentra el valle en penumbras de los seres humanos. Cuando alguno mira una vez hacia arriba, lo arrebató como presentimiento una nostalgia irresistible, a él que sabe que no sabe, por los que no saben que saben, y por los que saben que saben.

Conflicto entre el yo y la naturaleza, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo inmanente y lo trascendente, entre saber y no saber, pero también, y por lo mismo, conflicto fáustico entre las ideas y la vida:

Me hubiese hecho tanta falta conservar la mente tan despejada como fuera posible, y ahora me vino del cielo un *intermezzo* verdaderamente tropical. Sin hallar la calma iba de un lado a otro. Una vez me encontré de improviso a orillas del Aare; había caminado hasta allí con el cerebro calcinado, sin fijarme más que en lo que sucedía en mi interior. ¡Qué espectáculo de repente, esa agua verde esmeralda que corría a toda velocidad, y la ribera dorada de sol! Sentí como si acabase de despertar de un violento sueño. Hacía tiempo que había perdido todo sentido de la naturaleza. Y ahora se extendía ante mí en toda su magnificencia, conmovedora. ¡De cuántas cosas había carecido, tenido que carecer, por haber querido carecer! Hasta hoy había llevado una rigurosa vida de ideas, carentes de toda sangre cálida, y la habré de llevar también en el futuro, por quererlo así. ¡Oh sol, señor mío! No ha llegado aún el momento, todavía no se ha desenredado el nudo hecho de combate y derrota. Subsisten los pantanos, de ellos se elevan sofocantes olores que se interponen entre mí y el astro; un ejército de flechas en contra mía.

Para este combate no resuelto, Klee inventa una imagen alegórica, que graba, en 1905, con el título de *El héroe con un ala*, un héroe, como él mismo dice, tragicómico, quizá un antiguo Don Quijote.

Este hombre, nacido con sólo un ala de ángel a diferencia de los seres divinos, intenta continuamente volar. Se rompe un brazo y una pierna, pero dominado por una idea fija persiste en su intento. El contraste entre su monumental y solemne actitud y su estado ruinoso era algo que quería yo plasmar especialmente...

Recordemos ahora nosotros las sutiles diferencias que hay entre este volador a medias y algunos predecesores históricos también fabulosos: Icaro, Faetón, Asterias o aquel personaje de Alciato inmóvil entre las alas que le elevan por un brazo y la pesada piedra que le retiene por otro. Sutiles diferencias, porque el medio-angel de Klee no contiene moraleja; no nos enseña otra cosa que su patético esfuerzo.

Conflicto, en fin, entre la multiplicidad del todo y la indivisibilidad de las partes:

La individualidad —nos dice— no es algo elemental, sino que es un organismo. Conviven en ella en forma inmediata las más diversas cosas elementales. Si quisiera dividir el organismo, esas partes morirían. Mi Yo, por ejemplo, es todo un conjunto dramático. Allá aparece un ancestro profético. Acullá grita un héroe brutal. Más acá discute un vividor alcohólico con un erudito profesor. Por allá se adora a una cantante lírica crónicamente enamorada. Y el papá se le enfrenta de una manera pedante. Entre ambos, el tolerante tío hace de mediador. Por aquí chismea la tía parlanchina. A su lado se regocija la camarera Resbaladiza. Y yo observo todo esto con mirada de asombro, la pluma afilada a la izquierda. Quiere presentarse una madre encinta. ¡Pufff!, exclamo, tú no perteneces a este sitio. Eres divisible. Y se esfuma.

Y, por el momento, basta ya de conflictos, aunque, como ya hemos podido comprobar, los *Diarios* de Klee contienen un nada despreciable muestrario, desde el más crudo patetismo hasta el humor; en resumen: esa visión tragicómica que cultiva magistralmente y que plásticamente le hace fijarse una y otra vez en la caricatura. Basta, pues, de conflictos, pero porque ya puede darse un salto a su formulación madura. Tiene una fecha: 1915:

El corazón que latía para este mundo —nos dice— ha sido herido de muerte dentro de mí. Como si ya sólo me ligaran recuerdos a estas cosas... ¿Me convertiré ahora en el tipo cristalino? Mozart (sin desdeñar su infierno) se refugia, a grandes rasgos, pasando al lado alegre. Quien no lo comprenda totalmente podría confundirlo con el tipo cristalino. Se abandona la región de este lado y se edifica a cambio un paso hacia la otra, que puede ser una total afirmación. Abstracción. El frío romanticismo de este pathos es inaudito. Cuanto más terrible este mundo (como por ejemplo hoy), tanto más abstracto el arte, mientras que en un mundo feliz se produce un arte inmanente. Hoy es la transición del ayer al hoy. En el gran foso de las formas yacen despojos a los que se siente uno a veces todavía apegado. Ofrecen la materia para la abstracción. Despojos de elementos inauténticos, destinados a formar cristales impuros. Así es el día de hoy. Pero luego: Cierta vez sangró la incrustación. Creí morir, guerra y muerte. ¿Acaso puedo